

# EL CONSERVADOR

## DIARIO DE LA TARDE

El CONSERVADOR es propiedad de su Redactor principal D. José Hermol.—La suscripción es de 3 pesos por mes, pagaderos al fin de cada mes, y se cobra en la Librería Nueva calle de 125 de Mayo N.º 230 y 232, por un precio módico que se convendrá en vista del aviso, debiendo ser por adelantado.

### ALMANAQUE.

Agosto, 31 días.

Hoy 2 — Ntra. Sra. de los Angeles.

SOL EN VIRGO.

SOL.—Sale á las 6 y 51.—Se pone á las 5 y 9.

LUNA.—3.º día de la luna nueva.

### ULTIMAS FECHAS.

EUROPA.	AMERICA.
Liverpool... 13 de Mayo	Habana... 22 de Mayo
Barragosa... 22 de Enero	Boston... 17 de Mayo
London... 18 de Mayo	Santos... 1.º de Julio
Comel... 8 de Octub.	Sta. Catalina... 8 de id.
Almonte... 24 de Marzo	Rio Janeiro... 2.º Julio
Paris... 16 de Mayo	Parnaguá... 1.º Junio
Marsella... 22 de Febr.	Valparaiso... 25 de Mayo
Burdeos... 29 de Abril	Rio Grande... 27 de Julio
Novena... 14 de Mayo	Buenos-Aires... 22 de Julio
Madrid... 24 de Mayo	
Barcelona... 12 de Abril	
Bolivia... 10 de Mayo	INTERIOR.
Albraltar... 6 de Abril	Colonia... 12 de Julio
	Yaguri... 16 de Julio

### EXTERIOR

#### ESTADOS-UNIDOS.

##### EVANGELINA.

Asunto del nuevo poema de Mr. Longfellow.

— POR EVELINAR.

Es tanto el encanto que inspira la Evangelina por el fondo de la narración—la simple dignidad y vehemencia de los caracteres, y el interés del profundo tono religioso, que nos sorprendemos que Mr. Longfellow no ofreciese a sus lectores por medio de una nota, ó de otro cualquier modo, el hecho histórico que le inspiró una pintura ideal tan exquisita. Hay muchos, sin duda, que nunca han leído la cruel historia, y que se complacen por lo tanto en verla, consignada en pocas palabras, y robustecida por la mejor autoridad sobre la materia. A nuestro juicio, la exactitud histórica de la pintura de Mr. Longfellow dá mayor relieve a sus bellezas. El hecho tal como lo cuenta Haliburton en su historia de la Nueva Escocia, es, en suma, el siguiente:

Algunas disputas suscitadas entre Ingleses y Franceses, respecto de los límites territoriales de entre ambas partes, en las regiones próximas á la Bahía de Hudson, y la provincia de Acadia—hoy Nueva Escocia—dieron por resultado definitivo de la cuestión, la cesion de este territorio á la Gran Bretaña, el año de 1713. La Acadia estaba habitada por una escasa poblacion francesa. Cuando estas gentes supieron que su pais habia sido entregado á la Inglaterra; y que

ya no eran súbditos del rey de Francia, se affigieron intensamente de verse forzados á reconocer otro soberano. Ellos sabian que los Franceses é Ingleses eran hostiles entre sí, y temian ser compelidos á tomar las armas contra los Franceses; ellos, por lo tanto, pidieron á los Ingleses que nunca se les obligase á tan penoso servicio, y que se les escusase de prestar el juramento de vasallaje.

Esta petición no recibió especial atención, pero durante cierto tiempo se les acordó de hecho una generosa condescendencia. Despues de un periodo de cuarenta años, el gobierno Inglés creyó que estos Franceses neutrales, como se les llamaba, podrian ser peligrosos á sus intereses tomando partido con los Franceses del Canadá, sus activos enemigos. Con motivo de este presumido peligro, sin la menor provocación ó la mínima apariencia de justici, tomó la resolución de espulsar de sus posesiones á aquel pueblo pacífico afortunado é inofensivo.

Los Acadios ignoraban su cruel destino. En la estacion de la cosecha recibieron orden de reunirse en cierto distrito, y habiéndolo verificado se les intimó que eran prisioneros,—que sus tierras, ganados y bienes muebles, ya no les pertenecian, y que quedaban confiscados por el gobierno,—que podrian tomar todo lo que pudieran conducir, pero que inmediatamente debian abandonar la provincia.

En un solo distrito fueron destruidas doscientas cincuenta habitaciones, igual número de graneros, once molinos y una iglesia. Se tenian prontas las embarcaciones para transportar á los perseguidos Acadios á diferentes puntos del continente,—á Luisiana, á la Guyana Francesa, y á otros distantes parajes en las, entonces, provincias Inglesas en el Atlántico.

Estas gentes se habian hecho espectables por su industria, su habilidad en las labores agrícolas, sus puras costumbres y moralidad, y por su piedad ejemplar. Sus tierras producian trigo y maíz, papas y lino con abundancia. Sus casas estaban construidas con esmero y provistas de toda especie de comodidades. Sus numerosos rebaños suministraban la lana que era manufacturada por las familias para vestirse. No tenian papel menuda y poseian poco oro y plata: vivian por medio del simple cambio de sus generos y frutos. Tan pocos asuntos contenciosos sobrevinian entre ellos, que los tribunales de justicia y los abogados eran del todo innecesarios; los mas espertos y experimentados decidian sus pequeñas diferencias. Profesaban la religion católica; los sacerdotes estendian los actos públicos, escribian sus testamentos, y archivaban los documentos hasta que la muerte exijia la inmediata ejecución de ellos. Para recompensar estos servicios, los habitantes les oblaban una veinte y siete avas parte de la cosecha, á fin de que subviniessen á su subsistencia.

En la época de su dispersion, el número de los Acadias era el de 13,000. Entre ellos no se conocian las necesidades; los pobres eran pocos, y los vecinos mas acomodados los socorrian con placer. Este pueblo desgraciado fué víctima de su propia integridad. Porque si se hubieran prestado el juramento que se les exijia para que violasen sus mas caras afecciones, habrian conservado sus casas, sus campos y sus rebaños. Sus buenos sentimientos tan solo pedian la inocente libertad de permanecer neutrales.

En Setiembre de 1755, el coronel Winslon, un oficial habitualmente residente en Charshfield en el condado de Plymouth de Chassachusett, fué enviado por una comision del rey, para demoler la propiedad de los neutrales, y para espelerlos, sin escepcion, de la provincia. El coronel Winslon fué profundamente afectado por ser empleado en tan cruel servicio. "El sabia" fueron sus palabras, "que eran seres de la misma especie que él, y que le era muy desagradable y contrario á su natural inclinacion ser instrumento de una calamidad." Su primer medida luego que desembarcó en San Pré fué tomar algunos contenedores de los individuos mas notables del establecimiento. En consecuencia de las vehementes súplicas de los prisioneros, se les permitió que diez á la vez volviessen á visitar sus desoladas familias, y para que contemplasen, por última vez, sus deliciosas campiñas, y sus queridos y perdidos lares.

Estos hombres desdichados soportaron su infortunio con firmeza, hasta que fueron embarcados en los transportes para ser dispersados en pueblos cuyas costumbres, idioma, y religion eran opuestas á todo lo que ellos tenian por mas sagrado. El 16 de Setiembre los prisioneros fueron formados á seis de fondo; y los jóvenes en número de ciento sesenta recibieron orden para embarcarse en los transportes. Ellos rehusaban obedecer á menos que sus familias los acompañasen. Se les negó, y los soldados recibieron orden para hacer su deber. Los malhadados del efecto mas original; así es que la demanda que expresaba fué apoyada por todos los convidados y concedido por Mme. de Maine. Al punto y en demostracion de regocijo, los nueve pútilos dieron principio á una danza figurada, acompañada de tan singulares cabeceos y tan grotescos contoneos de cuerpo, que el suceso de los danzantes sobrepasó tal vez el que habian tenido los cantores, y Mme. de Maine, en la satisficcion que le hacia sentir este espectáculo, expresó al juego de bolos todo el pesar que experimentaba por haberlo desconocido tanto tiempo, y toda la alegría que sentia de haber hecho su conocimiento, autorizándolo desde ese momento, y en virtud de su poder, como reina de las abejas, á apellidarse el noble juego de bolos, para que no quedase inferior en nada á su rival el noble juego de la oca.

No bien le fué concedido este favor, los palillos se retiraron para dar lugar á nuevos personajes que hacia un instante se veian avanzar por la gran calle: estos personajes, en número de siete estaban enteramente cubiertos de pieles que disimulaban su talle, y de bonetes peludos que les ocultaban la cara, además, marchaban con gravedad, llevando en medio de ellos un trueno urado por dos reñiferos. Lo que indicaba una diputacion polar: en efecto, era una embajada que los pueblos de Groenlandia dirigian á la heda Ludovise: esta embajada era conducida por un jefe que llevaba una gran toga forrada con piel de mara y un bonete de piel de raposo, al cual se habian dejado tres colas que pendian simetricamente, una sobre cada espaldilla y la otra por detras. Llegado

Acadidos  
cia, y m  
Pré á las e

El camino de milla de estens mujeres y niños bendiciones par despiadadamente. Algunos de los últimos las mas amargas oraban en alta voz; ban lúgubres himnos rijian á las embarcos formaban ot marcha ocasionó de conflictos. ciones á las qu mujeres é hijos incendiadas destrucción mil ser semina la supe delicias tivaban, se veia ciones; conduct pel sobre mas dev acostumb moche no e breles, com que los alim abrigara de la

Las calamidad servirán de muestr frimientos de todos bia entre ellos un do René Le Blanc, gleses, en una ocasion de persuadirlo para q una tentativa contra lo y los Judios para vengar sionero reteniéndolo dur

Al tiempo de su exp tenia una edad avanzada, cia los Ingleses, y los su por ella experimentó, merecia, su favo; pero no lo encontró. Le Blanc tenia veinte hijos, y ciento cincuenta nietos. Estos fueron embarcados en diferentes buques, y diseminados en varias provincias. El desgraciado anciano fué desembarcado en Nueva-York con su muger y sus dos hijos menores. El amor por los otros lo hizo vagar buscándolos de ciudad en ciudad. Llegó á Filadelfia, y allí encontró tres de sus hijos, y allí desesperando de hallar los restantes agoviado de

### PARTE LITERARIA.

#### EL CABALLERO

#### D'HARMENTAL.

— POR

ALEJANDRO DUMAS.

— 000 —

(Traducido en Montevideo.)

#### TERCERA PARTE.

##### CAPITULO III.

#### LA REINA DE LOS GROENLANDESES.

(Continuacion.)

En efecto, esos vastos jardines, diseñados por Le Notre para Colbert, y que Colbert habia vendido á M. el duque de Maine, se habian transformado en manos de la duquesa, en una mansion verdaderamente encantada; es grandes compartimientos tomados de los jardines franceses, con sus verdes setos de ojeranos, sus largas calles de tilas, sus tejos podados en forma de copas de espirales y de piramides, se prestaban mucho mejor que los jardines ingleses de estrechos espesillos de calles tortuosas y de horizontes limitados, á las fiestas mitológicas, que eran de moda en tiempo del gran rey. Los de Sceaux principalmente, ceñidos solamente por un estenso estanque de aguas en medio del cual se levantaba el pavillon de la Aurora, así nombrado por que desde ese pavez

al frente de Mme. de Maine, este jefe

no y llevando la palabra á nombre de...  
—Madama, dijo, habiendo los Groenlandeses deliberado en una asamblea general de la nacion, enviar uno de los mas distinguidos de entre ellos, yo he tenido el honor de haber sido elegido para ponerme á su cabeza y para ofrecer de su parte la soberanía de sus Estados.

La alucion era tan visible, y sin embargo por el modo como era trahida ofrecia tan poco riesgo que un murmullo de aprobación discurrió por toda la asamblea, y que en demostracion de su adhesion futura, una sonaja de las mas graciosas divagó sobre los labios de la bella hada Ludovise; así el embajador, visiblemente alentado por el modo como era acogido el principio de su discurso, continuó en seguida:

—La fama, que entre nosotros no anuncia sino las mas raras maravillas, nos ha instruido en medio de nuestras nieves, en el fondo de nuestros hielos, en nuestro pobre rincón del mundo, de los encantos, de las virtudes y de las inclinaciones de V. A. S. sabemos que aborrecemos el sol.

Esta nueva alusion fué recibida con tanta diligencia y ardor como la primera: en efecto, el sol era la divisa del regente, y como lo hemos dicho, Mme. de Maine era cotocida por su predileccion en favor de la noche.

Resultó pues de todo esto, Madama, continuó el embajador, que como en atención á nuestra posicion geográfica; Dios, en su bondad infinita, nos ha concedido seis meses de noche y seis de crepusculo, venimos á proponeros hoyais en nuestro pais de ese sol que aborrecemos, y en indemnizacion de lo que aqui abandonamos, venimos á ofrecerles el título de reina de

(Corriere Mercantile.

ahí como el diario oficial del go- no provisorio anuncia la llegada del nastre desterrado.

Hállase entre nosotros Giuseppe Maz- zini, objeto á un mismo tiempo de admi- ración, de reverencia y de afecto—Este hombre, en quien no se sabe si mas se debe admirar la elevacion de su capaci- dad ó el valor jamás abatido por las per- secuciones incesantes de las policias, ó la fé constante en los destinos de la patria y de la humanidad, ha vivido 20 años des- terrado, dando continuamente pruebas de la vida del pensamiento Italiano que el ateismo político habia declarado extingui- do para siempre, y prepararlo con la in- cansable actividad de la palabra, del con- sejo y de la accion, los dias felices de nuestra redencion.

Hoy él está aquí, en Italia; hácia la cual desde tanto tiempo dirija sin cesar sus suspiros. Con esa pronta perspicáz y sintética intelijencia que le es propia, comprendió rápidamente lo delicado de nuestra situacion, y, si así podemos es- presarnos, la anomalía en que se halla nuestro pais, y de ahí animándose á co- operar con nosotros, desde luego ha em- pezado por admitir publicamente las opi- niones y los votos que abriga en este momento los que piensan bien, es decir, la mayoría de los Lombardos.—Dando las gracias por las demostraciones de apre- cio con que ayer quisimos festejar su lle- ga la, besó con la efusion del corazon la bandera tricolor, símbolo de la fraterni- dad italiana, recomendó la union de las voluntades en el primero y santo fin de redimir la patria de la presencia del ex- tranjero, dijo, que no obraria como buen Italiano, el que tentase sobre-poner una cuestion de pura forma á un interés mas grave, el interés de salvarnos para siem- pre del despotismo.

(El 22 de Marzo)

EL CONSERVADOR.

Montevideo, Agosto 2 de 1848.

Si un dilatado y sangriento despotismo de un hom- bre sobre un pueblo, puede producir al fin la iner- cia de la voluntad y el apocamiento del espíritu; como sucede en Buenos Aires; iguales fenómenos pueden resultar de ese otro despotismo que suelen ejercer las pasiones, sobre la intelijencia y los sen- timientos nobles de cada individuo, como acontece en el Cerrito, ó donde domina el poder prestado de D. Manuel Oribe.

Creyeron muchos—y lo creyeron de buena fé— que despues de la negociacion de paz promovida

aire tan altivo, que pudiera decirse que era una corona real la que acababa de recibir; lue- go subiendo al trueno, se encaminó hácia el pa- lacio marino, y mientras que las guardias im- pedian á la multitud seguirla á sus nuevos do- minios, ella atravesó el puente y entró con los siete embajadores por una puerta que figuraba una caverna. Al mismo instante el puente se hundió, como si por una alusion no hubiese vis- to que las otras, el habil mecanico hubiese que- rido separar el pisado del porvenir, y reventan- do un fuego artificial encima del pavellon de la Aurora, expresó la alegría que sentian los Groën- landeses al ver á su nueva reina.

Mientras tanto Mme. de Maine era introdu- cida por un ujier en la habitacion mas aparta- da de su nuevo palacio, y quitándose los siete embajadores sus bonetes y togas, se encontró el medio del principe de Cellamare, del car- denal de Polignac, del marquez de Pompadour, del conde Laval, del baron de Valf, del ca- billero d'Harmental y de Malezieux. El ujier que la servia, y que despues de haber cerrado con cuidado todas las puertas, vino á reunirse familiarmente á esta noble Asamblea, no era otro que el Abate Brigaud.

Como se vé, las cosas aparecian en fin bajo su verdadera forma, y la fiesta como acababan de hacerlo los cmbajadores se quitaba á su vez, máscara y ropaje para volver francamente a la conspiracion.

—Señores dijo Mme. la duquesa de Maine con su vivacidad habitual, no tenemos un instante que perder, y una ausencia demasiado larga des- portaria sospechas; cada uno pues apresurese á referir lo que ha hecho, y que sepamos en fin donde estamos.

por los últimos negociadores europeos, en que ha re- saltado tanto, la situacion de Oribe tan dependiente, tan esclava del Dictador Argentino; llegarían á conocer al cabo el verdadero rol que desempeñaban en este sangriento drama, los hombres que se llama- ban amigos políticos de Oribe, porque imagina- ban ver en él una entidad política y legal de su pais.

Pero ¿qué ha sucedido? que esos amigos políti- cos han visto á su ídolo caer cubierto de barro á los pies del gobernador extranjero, cuando este quiso pronunciar una palabra desde Palermo, y despues de ese golpe de muerte para el amor propio de otro hombre que no fuese Oribe, y que tantas ideas debió dar á sus partidarios, han quedado en el mismo es- tado que antes, sin nada emprender, sin nada com- binar, sin nada pensar quizá, para emanciparse de ese yugo extranjero que los oprime y vitipendia, y volver al fin la paz y la prosperidad á su traicion- nada y heroica patria.

Solo las pasiones deshonestas que tienen el poder de engeuecer la razon de los hombres, han podido esta vez poner una venda de plomo sobre los ojos de los amigos de Don Manuel Oribe; y hacerlos, cie- gos, que persistan en apoyar esa monomania tan funesta para la República, y que solo puede, dis- culpablemente, tener cabida en la cabeza hueca de ese tan rudo como criminal pretendiente.

Pero tantos hombres—tantos hombres que han vi- vido mucho, y que han leído quizá algunos libros útiles y capaces de despejarles algo la intelijencia— tantos, decimos, que rodean á Oribe, ¿nada han visto en esta última negociacion, siquiera? ¿Créen acaso, que las publicaciones que se han hecho en Montevideo son falsificaciones de los Salvajes Uni- tarios? Si no pueden creer esto ¿nada les ha re- velado el paso repentinamente retrogrado con que Oribe dió fin á una negociacion, que indudablemen- te fué promovida en favor suyo? No han visto que fué dado ese paso por que así lo ordenó un Gober- nador de Buenos Ayres, quien se creyó ofendido en esa negociacion; quien la llama ofensiva siendo así que Oribe la creyó muy decorosa y de su agrado para entrar en ella? ¿No han visto que una con- ducta así de parte de su caudillo, les cierra la puer- ta á toda esperanza de poder ser independientes en su pais, si por desgracia de este llegase á triunfar ese Ejército que lo ha invadido? ¿No han com- prendido, cual debe ser su posición despues de ese triunfo, si antes de él, ni el mismo que se dá el pomposo nombre de Jefe Supremo, goza de libertad para hacer una convencion cualquiera de paz con sus enemigos interiores, despues de una guerra de cinco años y medio? ¿Nada les descubre la osti- nacion de Rosas, en concluir esta cuestion por si- solo; esta cuestion en que, segun sus propias pa- labras, envuelve intereses argentinos; bien diferen- tes de la presidencia de Oribe; ¿ah, nada de esto han visto; y se quejaron sus escritores, cuando di-

—Perdonad, señora, dijo el principe, pero vos me habeis hablado, como que debía ser de los nuestros; de un hombre que aquí no veo, y que sentiria infinito no contarle entre los nuestros.

—Del duque de Richelieu, quereis decir, no es así? contestó Mme. de Maine. Bien, si, se habia comprometido á venir; mas habrá sido re- tendo por alguna aventura, ó distraído por algu- na cita; será preciso pasar sin él.

—Si, sin duda, madama, repuso el principe, si, sino viene, será preciso pasar sin él; pero no os ocultó que veré su ausencia con gran pesar. El regimiento que manda está en Bayona, y, merced á esta residencia que lo pone á nuestra intermediacion, podia sernos utilísimo. Tened pues, la bondad, os lo ruego; madama duquesa, de dar orden que si viniere, sea introducido.

—Abate, dijo Mme. de Maine dirijiéndose á Brigaud, habeis oido prevenir á d'Arranches.

Brigaud salió para ejecutar la orden que aca- baba de recibir.

—Perdonad, señor cancelario, dijo d'Harmental á M. Malezieux; pero me parecia que ahora seis semanas M. de Richelieu habia rehusado pos- sitivamente ser de los nuestros.

—Si, contestó Malezieux porque sabia que estaba indicado para llevar el cordon azul al principe de Asturias, y no queria indisponerse con el regente en momentos en que, en recom- pensa de esta embajada, iba probablemente á re-ibir el Toison. Pero, algun tiempo despues, el regente ha mudado de parecer; y como se eme- da el juego con la España ha resuelto aplacar el envio de la orden; de modo que M. Richelieu postergado á las calendas griegas, se ha unido á nosotros.

—La orden de Vuestra Alteza queda trasmiti-

Jimos hace algunos meser, que el partido blanco, verdaderamente un partido en blanco!

Si, ciertamente, dijimos la verdad: un pobre par- tido; un partido de "políticos de fumadero" co- clasificó á otro, Victor Hugo.

Un partido sin accion ni intelijencia propia:

Un partido que solo se apegó á una persona, disgustos anteriores con otra; pero que no tien- creencia ni programa, ni principios, ni asoci- ni miras, ni potencia propias.

Un partido que nada hizo por su caudillo, e hasta cierto punto tenia esperanza de reportar el triunfo de su causa; y que nada hace en el pais, cuando vé que aquel caudillo no hace c- sa que someterlo y someterse á la voluntad d- extraño.

Espéran acaso que Oribe tome la plaza de tevideo, para despues poder imponerle la ley. Prescindiendo de la inmoralidad que habria en es- conducta dolosa de un partido para con su jefe, bien deben saber que la toma de Montevideo no- empresa de rudos; y que la mejor garantia que ha- tenido y tiene la plaza sitiada, es estar al frente d- sitio D. Manuel Oribe.

Piensen acaso en esa pamplina de muchachos, de que es gloria y denuedo vivir toda la vida en e- campo; y en esos juramentos de ahogarse en la- aguas del Pantanos, antes que renunciar al triunf- de la legalidad, y de otras boberias de este jéner- Tal cosa puede tolerarse en un día de mal humor, pero no podemos suponer que hombres ya viej- puedan conservar en su cabeza, protestas tan ma- fiestas contra el buen sentido humano.

¿Opinan que es inconsecuencia política ahor- ó expatriar á D. Manuel Oribe; despues que de- no pueden esperar sino verguenza y sometimie- absoluto al Gobernador de Buenos Aires? nada- eso, por Dios. Inconsecuencia mas que política, e- faltar á los compromisos sagrados con el suelo en que se ha nacido. Y si con motivos ó sin ellos crey- ron en algun tiempo, que Oribe representaba un principio legal y constitucional del pais, y le fueron fieles entonces; hoy que tienen á los ojos lo que e- y lo que puede Oribe, por sí solo: es inconsecuen- cia bochornosa para con el pais, persistir en esa- lealtad mal entendida al esclavo de D. Juan M. Rosas.

Como quiera que se le mire á ese partido, el e- hoy mas que nunca acreedor á la censura severa de sus contrarios, El prefiere esta. Asi sea.

En el "Comercio del Plata de hoy se lee lo si- guiente:

Por uno de los buques que fondearon ayer en la boca del puerto, se han recibi- do cartas de Málaga hasta el 2 de Junio, y por ellas sabemos que, despues de los sucesos del 13 en Sevilla, no habia ocur- rido nevedad alguna en toda la Penínsu- la, ni se esperaba que la completa tran- quilidad que se gozaba fuese alterada.

da a quien corresponde, madama, dijo el abate Brigaud volviendo á entrar. Y si M. el duque de Richelieu se presentase en Seeaux, será con- ducido inmediatamente aquí.

—Bien, dijo la duquesa. Ahora, sentemonos á esta mesa y procedamos. Veamos, Laval, com- menzad.

—Yo, madama, dijo Laval, como lo sabeis, he estado en Suiza, en donde, á nombre y con el dinero del rey de España, he levantado un regi- miento en los Grisones. Este regimiento está pronto á entrar en Francia cuando hubiese lle- gado el momento, en atencion á que está arma- do y equipado y no espera mas, que la orden d- marchar.

—Bien mi querido conde, bien, dijo la duque- sa. Y si vos no mirais como indecoroso de un Montmorency ser coronel de un regimiento mientras hay destino mejor, tomareis el mando de este. Ese es un medio mas seguro de ad- quirir el Toison que el llevar el del Espiritu Santo á España.

—Madama, dijo Laval, á vos incumbe fijar á cada uno el puesto que le reservais, y el que le designeis, será siempre aceptado con reconoci- miento por vuestro mas humilde servidor.

—Y vos Pompadour, dijo madama de Mainé, dando con la mano gracias al conde Laval; y vos, que habeis hecho?

—Segun las instrucciones de Vuestra Alteza serenísima, contestó el marquez, me he dirigido á Normandía, donde he hecho firmar la protes- ta de la nobleza; y os trahigo treinta y ocho firmas, y de las mejores.

Sacó un papel de su bolsillo.

(Seguirá en el núm. proximo.)